

Juan Manuel de Prada conversa con Ana María Matute

«ESCRIBIR ES SIEMPRE PROTESTAR,

Ana María Matute vive en un sobreático con temperatura de placenta, como un refugio encaramado en los cielos de Barcelona donde se estuviese gestando el embrión de la literatura. Ana María Matute sale a recibirme escoltada de perros que, con sus ladridos, acrecientan el aturdimiento que me ha producido el viaje en avión. Ana María Matute es hospitalaria, escandalosamente hospitalaria, y sus palabras se van posando

sobre el visitante como un bálsamo benefactor, aplacando su confusión y también el saludo estrepitoso de los perros; en su mirada, en su voz, en sus gestos anida una vigorosa fragilidad que contagia a cuantos la rodean: aunque camina apoyada en una muleta (aún sufre las secuelas de una fractura de tobillo), transmite una sensación casi apabullante de juventud

EL sobreático de Ana María Matute está perfumado de flores y telegramas que sus amigos le han enviado (y que le seguirán enviando, mientras dure esta entrevista), en un homenaje urgente a su nombramiento como académica de la Lengua. Ana María Matute, antes de iniciarse esta entrevista, me ha llevado a un restaurante de confianza, para matarme el hambre y la sed con una butifarra y una sangría de cava que sustituye mi timidez por una locuacidad que ella, por supuesto, comparte. Ana María Matute tiene el cabello de una blanca niña, apenas púber: «Yo, de pequeña —me confiesa—, era muy tímida; tanto, que los hombres no se me acercaban. Luego, algunos me han confesado que estaban enamorados de mí. ¡Pues chico, haberlo dicho! ¡Menudo desperdicio!». Es una mujer nada protocolaria, de una coquetería sin estridencias: «Siempre fui una jovencita muy delicada —continúa—, y sigo siendo una mujer muy delicada, pero a la vez fuerte, muy fuerte; tengo una fuerza interior que me ayuda a vivir».

Entre sábanas y papel

—A lo largo de su infancia, usted padeció varias enfermedades. ¿Cree que esto ha podido influir en su sensibilidad?

—No lo había pensado, sinceramente, pero ahora que me lo dices... A lo mejor sí, porque estar enferma es una forma de ver entrar la luz por la ventana, distinta a cuando estás sana. Incluso los olores, los sonidos de la casa, aquellas voces de las tatas, aquel revuelo que se organizaba cuando las criadas ponían la mesa, todo eso... la forma en que vives una intimidad. Allá por los ocho años,

tuve una ictericia muy larga, que me impidió durante un curso completo ir al colegio; entonces me hice amiga de mi hermano pequeño, que apenas tendría cuatro años. En aquella época, las niñas y los niños vivíamos un poco separados, recibíamos educaciones muy distintas. Él se pasaba las horas junto a mi cama: nos inventamos una gran cantidad de juegos de los que luego, de mayores, nos acordábamos perfectamente. Esa amistad con mi hermano, y el cúmulo de lecturas que atesoré, aprovechando la enfermedad, fueron una mezcla perfecta: yo vivía inmersa en el papel y en las sábanas.

—Desde muy pequeña, pues, hizo de la literatura un interés vital, una forma de estar en el mundo...

—Cuando era una niña de cinco años, lo que de verdad me entusiasmaban eran los cuentos que nos contaban o leían las tatas, unos cuentos que estimulaban mi imaginación y me dejaban prendida de un mundo maravilloso. Después de escuchar a las tatas, decía: «Yo también quiero contar esas historias». Y empecé a escribir cuentos, cuando aún no había empezado a ir al colegio. Hoy, esos balbuceos infantiles se conservan en la Universidad de Boston.

Por su rostro transcurren, como una película de la memoria, los

paisajes que han poblado su existencia. «Al igual que Neruda, puedo confesar que he vivido. He sufrido, pero también he disfrutado. Y, lo que es más, "me he enterado" de que disfrutaba.» Sinceramente, uno jamás se había topado con un ejemplo tan desbordante de pasión vital.

La infancia ahogada

—Hay un paisaje esencial en su biografía, el pueblo riojano de Mansilla de la Sierra, que luego usted ha presentado, bajo otros nombres, como escenario de «Fiesta al Noroeste» o «Los hijos muertos».

—Mi madre tenía una finca en Mansilla de la Sierra, donde veraneábamos. Era algo apasionante: mis hermanos y yo, que vivíamos en una campana de cristal (los niños burgueses no salíamos a la calle si no era con la tata o con los papás, y no teníamos más amigos que los hijos de los amigos de nuestros padres), al llegar allí, nos mezclábamos con los niños del campo, con los hijos de los campesinos, y hacíamos amistades indestructibles, que yo ahora recuerdo con un enorme cariño. Nos reuníamos y jugábamos a esa hora mágica que es la hora de la siesta en el campo: cuando todos los mayores están durmiendo, a eso de las cuatro de

la tarde, bajábamos a escondidas al río. La diversión tenía un sentido prohibido, casi delictivo, lo cual la hacía mucho más gozosa: pescábamos truchas a mano, corríamos y perdíamos zapatos, cinturones... hasta volver a casa medio desnudos. Allí aprendí mucho sobre la vida: sin aquellos veranos, no habría sabido cómo vivían otros niños. Recuerdo que ellos me preguntaban: «Oye, ¿y cómo es la ciudad, cómo es el mar? Vosotros sí que sabéis de la vida». Pero no: luego entendí que ellos «eran» la vida de verdad, una vida en contacto con las cosas esenciales, donde la muerte de un ternero era un drama, donde una mala cosecha podía acarrear el hambre... Ellos sí que sabían de la vida, y no yo.

—Muchos años después, usted volvió a aquel lugar, para mostrarle a su hijo el paraíso de su niñez. Pero se encontró con un pueblo anegado por las aguas de un pantano...

—Fue espantoso. Recuerdo que estábamos en agosto, y que las aguas habían bajado hasta un nivel que mostraba el esqueleto de lo que había sido Mansilla de la Sierra. Bajé, con mi hijo y con unos primos, a las calles que había recorrido en mi infancia y pude recuperar objetos de otra época: los cerrojos de las puertas, por ejemplo, que habían resistido a la herumbre... La casa de mi abuela tenía uno de los postigos sujeto aún por un solo gozne, y, como había viento, golpeaba una y otra vez, con un chirrido lastimero. Era como si todavía hubiese alguien vivo allí dentro... una sensación espeluznante. Los troncos de los árboles tenían un color como de plata, pero de plata ahogada. ¿Usted sabe lo que es contemplar su infancia ahogada? Pues algo parecido es lo que yo experimenté.

«RECUERDO que, al comienzo de la Guerra, nos disponíamos a ir a la playa, de vacaciones, la familia al completo. Mi padre entró una noche de julio al cuarto donde dormíamos mi hermana y yo y nos dijo: "Niñas, rezad, rezad mucho, porque la pelota está en el tejado". Nosotros no entendíamos nada, por supuesto»

AUNQUE SEA DE UNO MISMO»



J. Romeu

«Estamos casi en el siglo XXI, pero seguimos llorando, lo cual demuestra que seguimos siendo los mismos», asegura la autora a Juan Manuel de Prada

De regreso al sobreático, Ana María Matute se encuentra con nuevas remesas de flores y telegramas. La ha felicitado el presidente Aznar; también muchos hombres y mujeres anónimos que se cruzan con ella en la calle y la reconocen: Ana María Matute guarda cada homenaje, cada palabra solidaria, en el cofre del pecho.

—Los protagonistas de sus novelas y relatos son con frecuencia adolescentes arrojados a un

mundo hostil, ingresados en una sociedad adulta que los obliga a crecer demasiado deprisa. Supongo que algo parecido le ocurriría a usted con el estallido de la Guerra Civil.

—Recuerdo que, al comienzo de la Guerra, nos disponíamos a ir a la playa, de vacaciones, la familia al completo. Mi padre entró una noche de julio al cuarto donde dormíamos mi hermana y yo y nos dijo: «Niñas, rezad, rezad mucho, porque la pelota está en el te-

jado». Nosotros no entendíamos nada, por supuesto. Al día siguiente, supimos que nos teníamos que quedar sin veraneo porque, como decía mi padre, los hombres habían empezado a matarse y «la pelota estaba en el tejado». Nunca se me ha olvidado esta expresión. Comenzó entonces una etapa de mi vida completamente diferente: nosotros, que habíamos sido unos niños ajenos a las penurias, de pronto nos tomamos con el rostro más cruel de

las cosas. Veíamos por las calles gentes que ni siquiera habíamos sospechado que existieran; esta visión nos dejaba perplejos: «¿Qué hacen? ¿Qué buscan? ¿Qué quieren?», preguntábamos. Y luego estaba el terror que reinaba en casa: nuestro comedor, que daba a la calle, fue trasladado a una habitación interior, porque había pacos que disparaban desde los tejados y cualquiera que se asomara a un balcón podía resultar herido. Por la noche, es-

—Ana María Matute, fieramente humana—

cuchábamos el eco de las ametralladoras. Recuerdo que mi hermana mayor y yo estábamos un día en el cuarto, escuchando el fragor de los disparos, y ella me dijo: «Ana María, si yo fuera pobre sería roja». Y yo le dije: «Yo también». Y nos dimos la mano: de eso nunca se enteraron nuestros padres.

Gris, anodino, prohibido

Y, al contarme esta anécdota, me traslada una complicidad idéntica a la que debió entablarse entre ambas hermanas, aquella noche de hace sesenta años.

—Hasta entonces la muerte había sido algo natural y biológico (el abuelito que no vuelve, etcétera), pero de repente se convirtió en una realidad abrupta, y aquellos niños que no salían nunca de casa, salvo que fuesen acompañados de la tata o con los papás, hacían colas para el pan y asistían estupefactos al espectáculo de la miseria. En cierta ocasión, mientras hacíamos cola, mi hermano y yo fisgoneamos a través de la empalizada de un solar: derrumbados sobre la tierra, vimos a varios hombres muertos; uno de ellos (quizá fuese un fraile) tenía barba y, en su mano abierta, sostenía un pedazo de pan y una libra de chocolate. Ese pan y ese chocolate que nunca llegó a comer aquel hombre simbolizaron para mí la presencia de la muerte: la imagen se me quedó muy grabada.

Sus ojos aún parecen conservar el pavor o la perplejidad que le produjo la contemplación de aquel cadáver. Pero alberga tanta vitalidad dentro de sí que enseguida se repone.

—Quizá las grandes víctimas de las guerras, más que los hombres y mujeres que claudican bajo las balas, sean esos adolescentes y esos niños que ven para siempre abolido su pasado.

—Esa sensación se produjo en mí, desde luego, pero, junto con ella, creció otra, una especie de instinto de superación. Las guerras, quizá por el sentido precario de la vida que tenemos los humanos, dan una fuerza, una alegría de vivir cada minuto, de saborear cada bocanada de aire. Durante la guerra pasaban cosas, muchísimas cosas, cada una de las cuales nos obligaba a crecer. Cuando terminó la guerra, cayó sobre España una losa tremenda, un silencio represivo que a mí, por el ambiente en que vivía, apenas me salpicó, pero que noté desde el principio: esto coincidió con el arranque de mi adolescencia. Yo quería saber, quería conocer, a costa de lo que fuera... En la pos-

«EN mi literatura sí hay ideas, lo que ocurre es que no es una literatura cerebral. Yo hago la literatura que a mí me interesa. Quien diga que en ella no hay ideas es un imbécil o un malintencionado. Reconozco que soy intuitiva, pero nunca me he sentado a escribir sin saber qué es lo que pretendo»

guerra todo era gris, anodino, prohibido. Vivir con trece, catorce, quince años esta situación me marcó para siempre. Tuve la suerte de conocer un grupo de muchachos (me duele decir que no había muchachas: las chicas recibíamos una educación nefasta; lo raro es que yo lograra sobreponerme: como soy un bicho raro...) con los que intercambiaba lecturas, impresiones... Así me salvé de aquel ambiente opresor.

—¿Y cuándo surge en usted la conciencia de escritor?

—La escritura, para mí, fue siempre una necesidad vital: así, en cierto modo, anulaba los traumas de mi infancia, como el de la tartamudez. Lo he dicho muchas veces: yo escribo porque no sé hablar. Cuando leía en la portada de un libro de cuentos el nombre de su autor: «Hans Christian Andersen», estaba tan segura de que iba a ser escritora (y le estoy hablando de cuando tenía ocho o nueve años), que decía: «Ana María Matute». Llevaba metida la literatura dentro de los huesos. Más tarde, me daría cuenta de que, a través de mi obra, tenía la obligación de expresar una cierta protesta del mundo; escribir es siempre protestar de algo, aunque sea de uno mismo. Con «Fiesta al Noroeste» ya fui por completo consciente de esta misión: todo lo que yo veía a mi alrededor me parecía injusto. Con veintidós o veintitrés años, comencé a comprender lo que estaba ocurriendo en España.

—Pero, quizá, la mayor grandeza de su obra es que esa conciencia social nunca aplasta el valor literario.

—No, no, hombre, por favor... Eso nunca: se puede decir todo a través de las palabras; lo otro es

asesinar la literatura, convertirla en panfleto. Todos los escritores, aunque seamos muy distintos unos de otros, tenemos tres o cuatro rasgos comunes: uno de ellos es el malestar en el mundo, el no estar cómodos en esta sociedad en la que hemos caído. Quienes asfixiaban con su protesta la literatura creían que su misión era la sinceridad, pero la sinceridad abarca también la cursilería y la crueldad. La misión de un escritor no es tanto la sinceridad como la autenticidad, que consiste en no seguir modos ni modas: yo he procurado mantenerme fiel a esa misión. Siempre he escrito como me parecía que tenía que escribir, tal como me salía desde dentro, y nunca asesinando la literatura, que era mi savia, mi sangre, mi justificación.

Desde luego, la literatura se mantiene viva dentro de su organismo, como un sistema de venas y arterias que la alimenta y la refresca y la mantiene indemne al desaliento.

—Da la impresión de que usted vive su oficio como un sentimiento, más que como una creación del intelecto...

—En literatura importa, sobre todo, el sentimiento. El saber es importante, pero sin el sentimiento se queda cojo: con el sentimiento se llega al ser humano, a través de las edades, los modos y las modas. Recuerdo cuando vi en Estados Unidos la película «Romeo y Julieta»; montones de chicos y chicas «hippies» salían del cine, cogidos de la mano, llorando. Cambian las formas externas del amor, pero el amor no cambia: los sentimientos siempre son los mismos. Estamos casi en el siglo XXI, pero seguimos llorando, lo cual demuestra que se-

guimos siendo los mismos. Yo siempre he «pasado» de vanguardias, deshumanizaciones, juegos de ingenio y demás. Con ello no digo que los desprecie; simplemente, no van con mi forma de entender la literatura.

—Algo que algunos críticos le han reprochado: han dicho que usted era una escritora demasiado intuitiva, con pocas ideas.

—En mi literatura sí hay ideas, lo que ocurre es que no es una literatura cerebral. Yo hago la literatura que a mí me interesa. Quien diga que en ella no hay ideas es un imbécil o un malintencionado. Reconozco que soy intuitiva, pero nunca me he sentado a escribir sin saber qué es lo que pretendo: lo tengo muy estructurado en mi cabeza, y, cuando inicio un libro largo y complejo, previamente elaboro unos planes de trabajo. Pulo mucho mis libros; yo sé lo que cuesta escribir un libro, y, sobre todo, lo que cuesta que no se note ese esfuerzo: hacer pasar esa elaboración por algo espontáneo y natural. ¿Usted sabe lo fácil que es escribir oscuro? Nada tan sencillo como el alambicamiento y la confusión; lo difícil es escribir llanamente, que te entienda todo el mundo. Y yo quiero que me entienda todo el mundo.

Se ha enardecido al reivindicar la sencillez en el arte, pero en su enardecimiento no hay rencor ni dogmatismo, tan sólo esa vehemencia que emplean quienes desean mantener sus convicciones intactas.

Los cuentos de la tata

—¿Corrigé mucho?

—Hasta el agotamiento, quizá más de la cuenta: he tachado cosas de las que luego he dicho: «¡Pero si eso estaba muy bien!». A veces quisiera tener más tiempo para corregir todo. No es que sea una perfeccionista (a mí me dan mucho miedo los místicos y virtuosos de la perfección), pero me gusta el trabajo bien hecho, con pasión y vocación. Qué le vamos a hacer.

—Antes me contaba la fascinante experiencia que supuso para usted escuchar los cuentos que le leían sus tatas. Usted, con su hijo, hizo lo mismo, y ése fue el origen de su literatura infantil.

—Yo le contaba mis cuentos a mi hijo, y él se quedaba prendido totalmente y me decía: «Vuélveme a contar». Yo le he contado muchísimos cuentos a los niños; cuando vivía en Sitges, había una pandilla de siete u ocho que venían a escucharme. Sus madres decían: «Ya sabemos cuándo hay cuento de la Matute, porque dejan

«SIGO teniendo el mismo entusiasmo, ante la vida y ante la literatura, que en mis comienzos. A veces ocurre, sin embargo, cuando te vas a levantar, que el cuerpo se te queda en la silla y el espíritu se te ha ido. No te puedes mover porque la carrocería está hecha polvo, aunque el motor esté en marcha»

—Ana María Matute, fieramente humana—

la televisión». Lo maravilloso se producía cuando, por separado, les preguntaba a esos niños: «¿Qué es lo que más te ha gustado de este cuento?», y cada uno me contaba una historia diferente. Esta es la grandeza de la literatura: el lector también contribuye, según su talante y estado de ánimo. La literatura es el ejercicio más solitario de cuantos existen, pero a la vez el más acompañado; aunque no sepas quién es tu compañero, siempre hay un lector que crea y recrea el libro, porque para cada lector el libro es distinto.

—Pero, quizá, algún día deje de haber lectores, y entonces...

—No lo creo. La gran baza de la literatura, frente a otros entretenimientos, es que estimula nuestra imaginación. Muchas de nuestras lecturas infantiles, al releerlas de mayores, nos enseñan que aquello que habíamos creado en nuestra primera lectura ya no lo encontramos en la segunda, pero a cambio hallamos otra cosa distinta... Hay una anécdota muy bonita al respecto: había en el siglo pasado cierto ilustrador de novelas que dibujaba siempre al protagonista de espaldas, para no coartar la imaginación del lector. Un libro siempre lo completa el lector, aunque no se esté dando cuenta.

Nueva novela, viejos temblores

—Me permitirá que le diga que no aparenta usted la edad que tiene. Contempla la literatura con ojos juveniles.

—La infancia es una isla que hay que abandonar a nado, en busca de un continente en el que no sabemos qué nos espera. Yo he de confesar que nunca pasé de los doce años, por eso entiendo tan bien a los niños, por eso sigo disfrutando con Stevenson como el primer día.

—Supongo, entonces, que sigue identificándose con aquella joven-cita que escribió «Pequeño teatro» o «Los Abel».

—Desde luego, con lo que no me identifico es con el director de un banco o con un economista. Si encuentro, por supuesto, algunas torpezas que quizá ahora no cometería, pero también una frescura, una felicidad de contar que se pierde con los años. La literatura, como la vida (que son la misma cosa, al menos para mí), es un aprendizaje: a medida que maduras, la literatura va mejorando. Pero en el camino dejas la inocencia.

Ana María Matute acaba de concluir «Olvidado Rey Gudú», una novela de mil doscientas páginas que, sin duda, será el gran

acontecimiento literario del año. La travesía ha sido larga y azarosa, pero fructífera, aunque no logre ocultar cierto temor al recibimiento que se le dispense:

—Antes de publicar un libro me entran unos temblores... Me siento, en cierto modo, como una

novata. —Y tengo entendido que se desarrolla en la Edad Media.

—Sí, en la Europa del siglo X, aunque no es una obra de ambientación histórica: en ella se cuenta el nacimiento y el fin de una dinastía, de un reino imaginario que está situado entre Polonia,



«Me siento, en cierto modo, como una novata», confiesa la escritora a propósito de la publicación de su última novela

novata. Ésta es una novela que llevo dentro desde hace muchos años y que nunca me atreví a publicar. Ahora, por fin, lo hago, y tengo miedo: tan pronto me parece maravillosa como horrible, luego maravillosa otra vez... Pero, en cualquier caso, para mí es un libro muy importante. No quiero decir que después no vaya a escribir otros que también me lo parezcan. Pero «Olvidado Rey Gudú» es algo distinto: una obra que no sé si será bien comprendida, un tipo de libro inusual en España, donde la sequedad de nuestro talante es refractaria a la fantasía. Pero yo siempre me he declarado europea por los cuatro costados, y mi libro es un homenaje a Andersen, a los hermanos Grimm, a Perrault.

Rusia y Alemania. En aquella época la gente convivía con personajes míticos e imaginarios. En la Edad Media no era nada raro que se te presentara el demonio o un trasgo; los caballeros, por ejemplo, se encontraban con hadas a porrillo, junto a las fuentes. Todo esto formaba parte de la vida cotidiana.

—Usted no ha hecho nunca demasiado caso a los críticos y, sin embargo, siente cierto temor hacia lo que puedan decir de «Olvidado Rey Gudú».

—Éste es un libro muy raro y especial, ese libro que desde niña quise escribir. Es como un compendio de todas esas vivencias y lecturas que me han obligado a ser lo que soy.

—Una académica de la lengua, entre otras cosas.

—Ya ve qué importante... No es que me pillara por sorpresa mi elección, pues ya sabía que me habían presentado, pero no sabía ni siquiera la letra del sillón que me correspondía. Reconoceré que el día de la votación estaba algo nerviosilla; a eso de las siete y media, a la vista de que no había llegado ningún telegrama, pensé que era mejor olvidarse del asunto. De repente, llega Ángela Molina, de ABC, y me da la noticia. Yo me quedé en un estado como de ausencia (que a mí me suele acometer en reuniones y demás actos sociales): supongo que dije muchas tonterías. No por vanidad, sino más bien por todo lo contrario. Cuando me preguntaron: «¿Qué sensación le ha producido su nombramiento?», se me escapó: «Susto». Y todavía me dura. Sólo de pensar que tengo que preparar un discurso de recepción, me pongo mala.

Lo dice con una alegría campechana, con ese deslumbramiento humilde de alguien que no se cree digno de recibir tan altos honores, pero los acepta con entusiasmo, dispuesta a dejarse el pellejo sobre ese sillón K que le ha sido adjudicado. Su presencia en la Real Academia se hará notar, más que por su condición femenina, por el remolino vital que impregna cuanto toca.

—Sigo teniendo el mismo entusiasmo, ante la vida y ante la literatura, que en mis comienzos. A veces ocurre, sin embargo, cuando te vas a levantar, que el cuerpo se te queda en la silla y el espíritu se te ha ido. No te puedes mover porque la carrocería está hecha polvo, aunque el motor esté en marcha. Por lo demás, sigo teniendo doce años.

Y, aunque la carrocería sufra, se levanta a la hora de las despedidas, como una anfitriona que quisiera dilatar la reunión. Antes de acompañarnos hasta la puerta, nos regala, al fotógrafo y a mí, toda su bibliografía, que guardamos en nuestras respectivas mochilas, como una sementera valiosa y fértil. Ana María Matute se queda en el umbral, escoltada de perros que lamentan nuestra marcha, después de la familiaridad recién estrenada. Al salir a la calle, y a pesar del sol que se derrumba sobre Barcelona como un meteorito, siento un frío huérfano, como si acabase de abandonar la placenta tibbia de la literatura. Esa placenta donde habitó una mujer de apenas doce años.

Juan Manuel de PRADA